



IX.- INSTRUCCIÓN

«Que teman soberanamente las menores cosas capaces de herir la caridad. Que estén continuamente atentas para no decir nada, no hacer nada que pueda ser descortés hacia sus hermanas. Si a veces sienten alguna disposición menos afectuosa para alguna de entre ellas, que se hagan vivos reproches, que se sientan con más obligación incluso que con las otras y cuiden más su amistad.»

Es sobre todo durante el recreo cuando se puede herir más fácilmente a la caridad; voy a hablaros de nuevo de la manera como se debe estar, aunque esto ya ha sido tratado en varias instrucciones.

Nosotras estábamos convencidas que vendríais con un rostro abierto e inocente: toda dureza sería desterrada, nada de aires cerrados y fríos. Si estáis tristes, aburridas o contrariadas, no es necesario por eso aburrir a las demás. Tampoco hace falta hacer apartes, sentarse cerca de una hermana y hablar con ella de cosas que no interesan más que a ellas mismas, mientras que las vecinas de izquierda y derecha bostezan hasta las orejas; tampoco inclinarse hacia una hermana como si quisierais excluir a todas las demás de la conversación. Esta observación no es solamente contraria a la caridad, sino a la simple educación. La siguiente es del mismo orden: no se debe interrumpir una conversación general hablando demasiado alto, etc. Cuando una niña hace esto, se la pone en la puerta para que juegue a su gusto. ¡Hay un convento donde las novicias están en una sala aparte para reír y conversar!

Comprenderéis, hermanas, que es necesario que tengamos conocimiento de ciertas cosas que pasan alrededor de nosotras en el mundo católico, a causa de nuestras relaciones con la gente de fuera. Ganamos mucho escuchando a personas instruidas cuyo juicio es bueno y al mismo tiempo son amables y con una agradable conversación. Nuestros intercambios con el Padre Combalot nos eran principalmente muy útiles, no porque fuera muy sabio, sino porque estaba muy ligado a personas distinguidas y nos repetía sus ideas. Yo estaría muy de acuerdo, así como algunas de nuestras hermanas, de hablar de política, de asuntos religiosos, etc... a causa de las relaciones más directas que tenemos con las personas que se ocupan de esas cosas, lo haría con más frecuencia si hubiera menos ruido, y ¡si fuera más fácil establecer una conversación general!

Veréis, en general, las que no escuchan con el mismo gusto son aquellas a las que menos les gusta leer. ¿No sería mucho más seguro para ellas evitar el esfuerzo de leer muchas páginas sobre España, escuchando un poco cuando a todo el mundo le gusta hacerlo? Hay a propósito de esto, una palabra encantadora que decía san Francisco de Sales: “Si toda la comunidad ríe, yo también me pondría a reír, incluso aunque no supiera por qué”.

Regreso a lo concerniente a la caridad. Os hablaba de apertura, de la amabilidad exterior. Aunque nos parezca vergonzoso, el mundo puede servirnos de ejemplo, pues en un salón uno ve casi todos los rostros sonrientes, amables. Recuerdo a mi madre al hablaros así. Ella a menudo tuvo grandes dificultades. A pesar de ello, nunca le escuché una palabra desagradable. Y si mi hermano y yo, hablábamos cerca de ella por la noche, no nos pareció nunca que estaba

demasiado cogida por la tristeza o preocupada para no estar cercana a nosotros. No, ella tomaba parte en nuestras conversaciones.

El general que habéis visto esta mañana me dijo que su mujer tenía un cáncer de mama, él no se dio cuenta más que la víspera de su muerte y todo el mundo estuvo muy sorprendido de verla en el estado en que se encontraba. No agrego nada más a este respecto. Los santos, entre otros la hermana de santa Juana de Chantal, se aplicaron siempre a reprimir todo signo exterior de sufrimiento.

¿Por qué entro en todos estos detalles?, ¿Cuáles son ordinariamente las causas de nuestros malos humores, de nuestras contrariedades? La salud, algunas veces un día de lluvia, un cielo oscuro que nos hace seguir la corriente del tiempo. Eso llega a ocurrir a menudo en las comunidades. Un sacerdote decía un día: ¡Ah! Llueve, voy a encontrar a las Carmelitas desconcertadas”. Se cita a las pobres Carmelitas porque ellas están más en soledad que otras comunidades. Os hago esta observación, porque la he escuchado de muchas personas. Todos los hombres están persuadidos, igualmente los sacerdotes y los doctores.

Otras causas de fastidio: no os habéis podido confesar en el momento que lo deseabais, el sacerdote ya se había marchado. ¿Después de todo, por qué nos confesamos? Espero que no tengáis pecado mortal todos los días. Entonces para borrar las imperfecciones voluntarias que tenéis la desgracia de cometer, haced penitencia. Y ¿por qué, os pido, no practicáis la que se os ofrece? Una muy buena es esperar una hora o más cuando nuestros pequeños arreglos se encuentran importunados.

He ahí una causa de malhumor peor que las demás. En las comunidades donde la comunión se recibe una vez por semana, se la quiere recibir dos. En donde se recibe dos veces, se quiere recibirla tres. En donde se recibe tres veces, se quiere cuatro. Y en las comunidades, como la nuestra, que tienen el honor de comulgar cuatro veces por semana, hay quien se desconsuela por haberle faltado una, aunque no sea por su culpa.

De este modo, si llegáis a la misa comenzada, no podéis comulgar, estáis detenidas en el camino de la perfección, permanecéis ahí. Santa Teresa se revelaba mucho contra ese abuso. ¡Cómo, Nuestro Señor, Dios mismo ha entrado ayer en vuestro miserable ser, descansará mañana, y no sois lo suficientemente fuertes como para soportar una contrariedad! San Francisco de Sales, cuando estudiaba, no comulgaba más que una vez por semana y sin embargo ya era muy santo. Santa Margarita del Santísimo Sacramento no podía comulgar durante su última enfermedad, y cuando le preguntaban si estaba triste, contrariada por ello: “Cuándo no puedo poseer su cuerpo y su carne en la Santa Comunión, lo encuentro sobre la Cruz” Tal era su respuesta y tales deberían ser nuestros sentimientos. Santa Teresa, queriendo corregir a una de sus religiosas del abuso que hacía del sacramento del altar, le impidió comulgar todos los días, a lo que le respondió que no podría vivir. “Bien, moriremos juntas”, le dijo. Y, sin embargo, ni la una ni la otra murió.

Siempre vuelvo a la gran cortesía de las personas bien educadas, pero quiero haceros sentir la diferencia con la que nosotras, religiosas, debemos tener. Es que la de ellos no es más que exterior y la nuestra debe ser una cortesía, una amabilidad que cubre los defectos del prójimo, no solamente cuando estamos con él, sino incluso después. Tenemos más libertad que la gente del mundo en ese sentido ya que tenemos 1h1/2 de oración durante la cual descargamos nuestras penas ante Nuestro Señor, tenemos a nuestras superiores, mientras que ellas, algunas veces están obligadas a tener buena cara desde la mañana hasta la noche. Una de nuestras hermanas de la Tercera Orden me contaban el otro día que habiendo tenido una gran humillación verdaderamente grande en la mesa, aprovechó la primera ocasión que tuvo para dejar a las personas que estaban con ella y se marchó a su cuarto para poder rezar un Te Deum.

¿Qué recompensa no dará Dios a los que habrán tomado todo por el buen lado con un corazón alegre y generoso, cuando Él no olvida ni un vaso de agua dado en su nombre? Y no os toméis eso como si fuerais grandes victimas; dad de buen corazón, id a encontrar a Nuestro Señor

cuando os sintáis perturbadas, contrariadas y decidle: “Es verdad, Dios mío, he ahí una ocasión donde me he dejado llevar por mi naturaleza susceptible, pero por vos lo abrazo con alegría”.

Nuestro Señor os escuchará, os hará encontrar la paz en los pequeños sacrificios, y vosotras experimentaréis que la paz del Señor es la única verdadera.